

Con motivo de una frase de Molière

Je vous l'ai déjà dit, tout le secret des armes ne consiste qu'en deux choses, à donner et à ne point recevoir...

MOLIERE. Le Bourgeois gentilhomme.  
Acte II, scène III.

Hubo una época, de triste recordación para el noble arte de las armas, en que la esgrima se reducía a un puro ejercicio de divertimento y elegancia sin aplicación práctica de ninguna especie. Los tiradores de espada y los buenos danzantes, constituían la delicia de los salones, y el público que los aplaudía no se fijaba principalmente en sus golpes, sino en sus posiciones y saludos. Las estocadas ~~altas y bajas~~ bajas o altas, es decir, las que salieran del pequeño espacio que ocupaba el corazón rojo dibujado sobre el pecho de los combatientes, no se permitían por irregulares y anti-estéticas. Las armas, en una palabra, habían perdido su objeto, y en vez de servir para la defensa y guarda de la vida y el honor de los hombres, se mostraban en los perfumados salones entre los acordes de la música y el aplauso de las damas.

Poco, por fortuna, duró aquella época: maestros ilustres se encargaron de moralizar el arte asegurándose un nombre imperecedero en su historia. En 1676, sin hablar de otros por no entrar en fatigosas citas, el famoso Juan Bautista Leperche, hizo progresar el manejo de la espada. Sin embargo, puede juzgarse de cómo serían los maestros que le precedieron, cuando con ser él tan notable, hacía la guardia sobre la punta del pié derecho y tiraba la estocada levantando el telón izquierdo. Pero en fin, la observación y la experiencia modificaron tantas creencias absurdas, y no quedándonos ya de los maestros de los siglos XVI, XVII y aun del XVIII, sino los nombres, como meras curiosidades eruditas, la esgrima se ha convertido en una ciencia de resultados prácticos e indiscutibles, en que la elegancia, la buena forma, el efecto higiénico, etc., no son

ya los fines principales sino las consecuencias del aprendizaje de la ciencia misma. Quiero decir, que hoy no se aprenden las armas con el único objeto de adquirir flexibilidad en los movimientos para saludar con más o menos gracia, sino para defender la existencia en un lance de honor, a que todo caballero está expuesto en sociedad, o en una análoga circunstancia de la vida, logrando el fin supremo de que habló el gran Molière, o séase el de dar una estocada sin recibirla. Ahora, es natural, que quien logre poseer esa ciencia adquiera todas las demás ventajas que vienen, como suele decirse vulgarmente, de calle derecha. El buen tirador será elegante en sus movimientos, distinguido, fuerte, ágil, porque todo ello lo produce el ejercicio. Pero quien desee esto solo, sin cuidarse del objeto principal, no debe dedicarse a la esgrima. Artes hay en que se logran tales fines, sin adquirir la utilidad primordial de las armas: la calistenia, por ejemplo, que con tanta oportunidad y juicio se adopta en los buenos colegios de señoritas.

En este siglo, en que se conocen los nombres de Grisier y Cordelcis, dos eminentes maestros que han dictado leyes en el arte--las salas de armas deben ser consideradas bajo un aspecto serio. En ellas los hombres aprenden a defender su vida de ataques infames y cobardes, ayudando con la inteligencia y el saber adquirido, la obra profunda de la naturaleza que puso en todo ser viviente ese instinto de la propia conservación que es una garantía de la continuidad de la especie. Al mismo tiempo, en las salas de armas se aprende a respetar el derecho ajeno y la vida de los demás. El aforismo de Molière, <sup>no</sup> significa que el tirador ~~que~~ sea un tipo feroz que resguardado por sus conocimientos asesine a los otros, porque muy al contrario lo ha probado la experiencia: los grandes tiradores han sido siempre prudentes. Bajo los dos aspectos, por tanto, la esgrima es noble y generosa. Conociéndola es como se comprende la razón de aquellos versos dedicados por Emile Deschamps a Grisier:

Il a par ses leçons prévenu bien des larmes,  
A plus d'jeune cœur épargné le remords;  
L'humanité le guide; il vous instruit aux armes  
Por garder vctre vie et non donner la mort. (1)

1000012

Pero existiendo, como existe, el desafio, que no pueden evitar, según afirma el sabio juriscónsulto don Juan Francisco Pacheco, ni aun los mismos que dictan leyes en su contra, existiendo siempre la pasión que ciega a los hombres exaltados y los lleva a cometer crímenes, atacando a otros hombres para arrancarles la existencia, ¿quién puede negar la utilidad manifiesta de ~~este arte~~ ese arte, que hace superior a quien lo posee, hasta el extremo de que puede ser compasivo y magnánimo con su contrario indócto? ¿Quién puede negar que es humanitaria su enseñanza, cuando su objeto es el de evitar la muerte y darla en el caso de que sea indispensable para no recibirla? Sólo las personas ignorantes o de mala fé, pueden expresarse en contra de una profesión tan digna como es la de las armas.

Ahora bien, si tal es el fin de éstas ¿no es cierto que el más hábil tirador será el que menos golpes reciba en un asalto y más golpes dé? Si la esgrima no es hoy una ridícula exposición de gallardas posturas, sino un arte práctico por naturaleza, ¿no vale más un hombre que sea muy diestro en tocar y defenderse, que el que sea más elegante pero toque menos? En medio de una sala llena de flores y de bellas mujeres, vestido con traje lujoso, empuñando fina y elegante espada de suave botón, el tirador que más luzca a los ojos del profano será el que más bella guarda tenga, el que más bonitos movimientos haga, el que luzca una pierna mejor torneada, una cintura más gallarda, un ataque más correcto dentro de los principios de la estética. Pero en el terreno de un combate, donde no hay público, ni mujeres, ni flores, ni más testigos que los del duele

---

(1) Por sus lecciones ha prevenido bastantes lágrimas--A más de un corazón joven ha evitado el recordimiento--La humanidad lo guía, él os instruye en las armas--Para guardar vuestra vida y no dar la muerte.

DOCUMENTAL

ni más arte que el árido de la esgrima en su única y grave aplicación, el mejor tirador no será, por cierto, sino el que sepa dar primero, tenga o no belleza, que esto allí no importa. La rapidez, la buena vista, la extensión segura, la mano bien dirigida, la punta ligera y el juego cerrado, vencerán a la bella guardia si ésta al propio tiempo que bella no es firme y segura. ¿Qué importa que la estocada sea muy baja para ser confesada en el salón, si allí en el terreno inutiliza y mata? ¿Qué importa que las reglas de fina estética no se hayan observado si al cabo se observaron también las reglas esenciales del manejo de la espada?...

Todo lo anterior pensaba yo noches pasadas, si no en iguales en parecidos términos, después de cerrar el tomo de las comedias de Molière, y con la poca autoridad que a mi se me alcanza en estas materias de quites y estocadas, en las que al cabo, no soy sino un pobrecito hablador que me entremeto a dar mi opinión sin que nadie me la pida. Pero en algo se ha de matar el tiempo, y más vale que sea en meditaciones sobre tan útil asunto que en vanos entretenimientos impropios de mi natural retraído y poco dado a las mundanas alegrías. Sin duda, continuaba yo pensando, que estoy en lo cierto. La última palabra en esgrima fué la frase de Molière. Y con esta seguridad daba ya por terminado mi soliloquio, y abandonaba mi libro, cuando de buenas a primeras entró en mi cuarto estudiantil mi amigo Manuel Cardenal y Gómez, el propio conocido profesor de esgrima en persona.

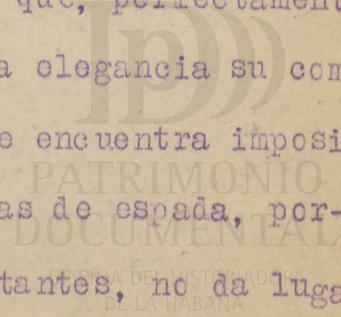
--Salud, maestro, que en buena ocasión has llegado, le dije. Figúrate que estaba leyendo a Molière y al llegar en el Bux Bourgeois gentil-homme al famoso pasaje que tu conoces y que se saben al dedillo todos los tiradores, se me han ocurrido algunas ideas que vienen en un todo a confirmar las frases del gran cómico. Escúchame. Yo creo...

--Ahorra palabras inútiles, me contestó mi amigo repentinamente. Llego cansado de la Sala de Armas, donde a más de mis clases he hablado mucho de esgrima. Pasemos al asunto que me interesa en estos momentos y

por el cual vengo a verte. Ya sabes que el 7, mañana, es la vista de un incidente de mi pleito. Espero que mi abogado José Manuel Pascual haga unos estrados brillantísimos. Pues bien, los autos...

--Déjate de autos, por lo pronto. Tu también sabes que reconoces el talento indiscutible de Pascual, que sé cuanto hará en tu favor en esa vista, y que me propongo asistir de los primeros a cirlo. En cuanto a los autos, abandónalos por ahora, y déjáselos a él que ya dará buena cuenta a los Sres. Magistrados de la Sala de los Civil. La cuestión de que trataremos es otra. Yo creo que el mejor tirador es el que más toca, aun cuando carezca de elegancia, porque esta condición puede faltarle a cualquiera que por otra parte no olvide las reglas fundamentales del arte.

--Perfectamente, replicó Cardenal, olvidando su pleito. Creo como tú, pero habrás de convenir conmigo en que si reúne las dos cualidades constituye el tirador perfecto que se llama Narciso Heredia, Abelardo de Sanz, etc. Pero que el buen éxito en los botonazos es preferible a la belleza plástica, no lo niego. La belleza consiste muchas veces en condiciones físicas que a no todos otorgó la naturaleza. Aquí precisamente está un gran tocador, Santiago Burnham, que sin plantarse en el asalto con esa precisión estética de otros notables amateurs, tira el A florete muy bien, porque no descuida los principios esenciales. De aquí que algunos hayan supuesto que Burnham no sabe hacer esgrima. La hace y ciertamente que mucho y bien. Si fuera un mal tirador, no alcanzaría tanto ese fin que señala Molière en la frase de que andas tan enamorado. Comienza porque Berhham es zurdo. Ya con esto no tiene ~~quexsax~~ para ser un tirador bello; y después que adoptado posiciones en que, perfectamente cubierto dentro de las reglas, guarda mayormente que la elegancia su comodidad. Burnham tiene un juego especial. Su contrario se encuentra imposibilitado de hacer con él las combinaciones más conocidas de espada, porque con batimentos redoblados y cambios de línea constantes, no da lugar



ni al pase, ni a los movimientos que salen de su principio como el uno dos, o el uno, dos, tres, ni al filo recto, ni a los ligamentos y otros recursos de la ciencia. Contra él no es posible emplear mas que la sangre fría de los tiradores viejos y esperar su ataque para ripostarle. Y aun con esto se corre una gran exposición porque el fuerte de Burnham es la remisa y pega el botonazo a despecho de la parada, ayudado de una punta muy ligera que maneja con gran voluntad. En resumen, Burnham es un buen tirador: esto es indiscutible.

--¿Dices que observa bien los preceptos?

--Indudablemente. Su suposición es magnífica. Su a fondo rápido y vibrante. Su extensión envidiable. En fin, tira bien, aun cuando en el conjunto parezca irregular. El toca y no es tocado fácilmente: he aquí lo que se solicita del arte.

--Estamos de acuerdo entonces, maestro. Mas me extraña que tú, el gran propagandista de la escuela de Cordelois, que tú, tirador elegante por excelencia, opines tan prácticamente.

--Es que la escuela de Cordelois es perfecta. Siguiéndola un hombre bien proporcionado, cuyos miembros todos guarden ese justo equilibrio de los modelos estatuarios (ya sabes lo raro que es y que así era el admirable Cordelois) resultará un tirador notable porque el sistema del gran maestro todo lo reúne. Pero a buen seguro que a todos los hombres exigiera Cordelois lo mismo. Así como la naturaleza organizó a cada uno para distinto objeto (notándose esta variedad en las armas, donde los hay más aptos para el ataque y otros para la defensa) existen hombres que son elegantes de suyo, desde el momento que toman por vez primera el flerete en la mano, y otros que no pueden serlo ni al cabo de años, sin que por esto se diga que los últimos no logren aprender la esgrima porque bien demostrado está lo contrario. Goux, por ejemplo, el insigne maestro competidor del Zuavo, no era un modelo plástico. Sin embargo, fué un grande, un admirable tirador. En Cuba, Pancho Orgaz, el inspirado

poeta, no era elegante como tirador, y sin embargo, se hizo notar en el sable...

--Pero tú, ¿aconsejas que no se procure la elegancia?

1000016

--¿Cómo voy a aconsejarlo si ya te he dicho que el que reúne las dos condiciones es el tirador perfecto? Pero como la mosca blanca, no se consigue fácilmente, cada uno tiene que conformarse con lo que le dió la naturaleza. ¿Ha existido otro Cordelois? ¿Ha existido otro Galleti? Mi bueno e inolvidable maestro Galleti, el hombre más competente que he visto con las armas en la mano...

--No tuve la suerte de conocerlo, pero comprendo, por lo que de él he oído, que fué realmente extraordinario. En esa pequeña estatua suya modelada en yeso por Augusto Ferrán, se trasluce el alma que debió latir en aquel cuerpo esbelto, alto, proporcionado, digno de tan buena espada. Así como a juzgar por los retratos suyos que he visto, la figura de Merignac no revela su inmenso poder en el florete, la del maestro boloñés, ~~indica~~ ~~revela~~ desde el primer golpe de vista que era un notable tirador. Sus contornos indican flexibilidad, fuerza, energía, ligereza...

--Pues aun no puedes formar de él una idea, sin haberlo visto. Yo califico a Galleti, sin temor de equivocarme, de genio en las armas. Para manejarlas nació ese hombre extraordinario, que tenía con ellas verdaderas inspiraciones. Él encendió aquí el entusiasmo por el noble arte. Bajo su sombra y con su fructífera enseñanza, brotaron tiradores de primera fuerza que fueron orgullo del Círculo famoso que se creó en la Habana. ~~xx~~ Después... el amor a la esgrima ha decaído. Aun queda de aquella época el veterano Antonio Maciá que lo ha conservado siempre vivo. Los demás han muerto o han olvidado sus aficiones, y una nueva generación que se está levantando parece como que desea ocupar su puesto. Nota en estos días un relativo entusiasmo. Ojalá que siga, porque la juventud que en los ejercicios varoniles se educa, se forma moralmente fuerte y digna. Nada hay como las armas para elevar y fortalecer los caracteres.

--Gracias por tu discurso, maestro. Desde mañana me tienes plastroneando en la Sala...

--No, mañana es la vista del pleito e iremos a oír a Pascual. Y volviendo a lo primero, te decía que los autos...

A.

(De La Lucha, Habana, 6 de Octubre de 1886.)



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA